

gracias! ¿qué bien sabéis expresar lo que siento!

SACHS.—Era mucho atrevimiento! ¡ahora, valor! (*Dirigiéndose á Beckmesser, el cual se ha ocupado mientras entraba el cortejo, en leer y estudiar la poesía limpiándose á menudo el sudor de la frente, gesticulando inquieto y sacando á hurtadillas el papel.*) ¿Cómo vamos, señor juez? ¿está V. dispuesto?

BECKMESSER.—¡Oh! esta canción!... no puedo aprenderla por más que la estudio.

SACHS.—Nadie le obliga á V. á cantar.

BECKMESSER.—Pero ¿qué he de hacer? si la mía no sirve, no es culpa de V. Ahora, asístame; sería feo que me abandonara.

SACHS.—Sería mejor que no cantase.

BECKMESSER.—¿Por qué?... Si V. no canta, yo me llevaré el premio.

SACHS.—Veremos cómo irá esto.

BECKMESSER.—De cantarlo bien, respondo; pero nadie me comprenderá. Cuento sólo con la popularidad de V.

(*En esto varios aprendices han formado un montón de césped y flores, frente al tablado.*)

SACHS.—¡Maestros y espectadores! empieza el canto!

KOTHNER (*levantándose*).—Maestros solteros, preparaos; comienza el más antiguo. Señor Beckmesser, empiece V.

BECKMESSER (*baja del tablado. Los aprendices le conducen hasta el montón de césped. Tropicza, y le flaquean las piernas.*)—¡Demonio! el terreno no está sólido! ¡arregladlo!

(*Los muchachos, riendo, vuelven á apisonar el césped.*)

EL PUEBLO (*murmurando, mientras Beckmesser se dispone á cantar*).—Mira, ¡cómo! ¿éste es el que quiere competir con los otros? no creo que se lleve él el premio, ni le elegiría á ser de la muchacha. Si no se puede tener en pié, ¿cómo va á salir del paso? silencio! es

gran maestro y escribano: se llama Beckmesser... ¡Dios mío!... parece tonto... se va á caer... vaya, no os chanceéis que tiene voto y asiento en el consejo municipal...

APRENDICES (*en fila*).—¡Silencio!...

(*Beckmesser saluda con una grotesca reverencia á Eva, escudriñando, y mirándola con angustia.*)

KOTHNER.—Empezad...

BECKMESSER (*canta su melodía que no corresponde á la letra, interrumpiéndose á veces turbado é inquieto*).—«Mañana... y... luzco... sonrosado... lleno de sangre y de perfumes... rápido como el aire; tan pronto ganado como perdido... en el jardín invito...» (1)

LOS MAESTROS (*en voz baja, entre sí*).—¿Pero está loco?... ¿cómo pudo concebir tales sandeces?

PUEBLO (*lo mismo*).—¡Qué cosa tan rara!... ¿cómo puede ser esto?... ¡Oíste!... ¿A quién invita?... ¿Lo habremos comprendido...?

BECKMESSER (*después de haberse erguido y mirando á hurtadillas el movimiento continúa cantando*).—«Confortablemente vivo en el mismo lugar, buscando oro y fruta... y jugo de plomo... y peso... Desde la horca me busca, quien me desea... Sobre una escalera aérea, apenas cuelgo del árbol...»

(*Intenta de nuevo serenarse y buscar el papel.*)

MAESTROS.—¿Pero qué está diciendo?... ¡qué disparates!... ¡está loco!

PUEBLO (*con murmullo creciente*).—¡Bonito aspirante! Ya encontrará su merecido! ya le colgarán de la horca!... si cualquiera diría que ya lo está...

BECKMESSER (*con creciente turbación*).—¡Qué miedo tengo! y la gente parece que se burla! (*Continuando.*) «En mi escalera había una mujer; ruborosa, no quiso mirarme... Pálido como una col, ceñido de cáñamo...

(1) Las incoherencias de este pasaje son casi intraducibles.

el perro me guiñaba el ojo, soplando... he devorado... como fruto... Así como madera á caballo...

*(El pueblo prorrumpe en grandes carcajadas).*

BECKMESSER *(retirándose enfurecido, yendo hacia Sachs).*

—¡Maldito zapatero! esto te lo debo á ti! La canción no es mía; es un regalo de Sachs, de vuestro estimadísimo Sachs! el miserable me atribuye su mala poesía.

*(Corrido, furioso, va á esconderse entre la multitud.—Gran tumulto).*

EL PUEBLO.—¿De Sachs esta canción? ¡muy raro nos parecería!

LOS MAESTROS.—Qué escándalo. Hable Sachs... ¿esto es de V.? ¡Caso más raro!

SACHS *(quien con mucha calma recoge el papel que Beckmesser ha echado al suelo).*—Realmente, esta canción no es mía; el señor Beckmesser yerra otra vez. Como la obtuvo, él mismo debe decirlo; pero nunca me atrevería á declararme autor de tan bella composición.

LOS MAESTROS.—¿Cómo bella? ¡Sachs se burla!

PUEBLO.—¡Cómo!... Esto es chanza, Sachs!...

SACHS.—Repito, señores, que la canción es preciosa; pero al primer golpe se ve que nuestro amigo Beckmesser la ha desfigurado. Doy mi palabra de que, bien cantada, os gustaría muchísimo; quien supiese ejecutarla probaría que es su autor y con derecho al título de maestro, si los jueces le fuesen favorables... Como acusado que soy, debo probar mi inocencia y tengo derecho á presentar testigos. Si hay álguien aquí que pueda defenderme, que se presente como testigo. *(Walther sale de entre la multitud. Sensación general.)* Prueba que la canción no es mía, y que he dicho en todo la verdad.

LOS MAESTROS.—Como Sachs habla hoy con tal elocuencia, le concedemos por especial favor esta prueba.

SACHS.—La excepción confirma la regla.



EL PUEBLO.—¡Qué magnífico y osado testigo! seguramente saldrá con la suya...

SACHS.—Los maestros y el pueblo están dispuestos á escucharle como testigo: Señor Walther de Stolzing, empiece V. la canción. (*A los maestros.*) Ustedes pueden cerciorarse de que está bien compuesta.

(*Se la da á los maestros para leerla.*)

APRENDICES.—¡Qué general atención! No tenemos que imponer silencio.

(*Walther sube animoso y con paso firme sobre el montón de flores y entona otra vez la primera estrofa de su canción, con ligeras variantes.—Los maestros conmovidos, sueltan el manuscrito. Walther parece advertirlo; pero continúa sin preocuparse de ello.*)

EL PUEBLO (*en voz baja*).—Esto ya es otra cosa. ¡Quién hubiese creído! qué efecto produce la letra bien cantada!

LOS MAESTROS (*en voz baja*).—¡Bien se ve la diferencia!

SACHS.—¡Atienda el juez! ¡Continúe V.!

(*Walter entona la segunda estrofa.*)

EL PUEBLO (*en voz baja y aparte*).—¡Qué hermoso y agradable canto...

LOS MAESTROS.—¡Qué sublime!... Algo raro, en verdad; pero bien pensado y bien cantado...

SACHS.—¡Testigo!... Perfectamente... Acabe V.

WALTHER (*con el mayor entusiasmo*).—» ¡Oh delicioso, oh celeste día... de cuyo sueño poético despierto!»

LOS MAESTROS.—Noble cantor: ¡toma tu guirnalda! ¡tu canto merece el premio!

POGNER.—¡Oh Sachs! te debo la honra y la dicha! cese mi pesar!

(*Eva desde el principio de la escena habrá permanecido inmóvil é impassible, escuchando á Walther con alma entera. Á la aclamación simultánea del pueblo y los maestros, se levanta y llega hasta el borde del tablado;*

*alli, coloca la guirnalda de laurel en la frente de Walther, de hinojos delante de ella. Luégo, Walther se levanta y acompañado por Eva va al encuentro de su padre; se arrodillan, y éste los bendice, extendiendo las manos.*)

SACHS (*señalando el grupo al pueblo*).—¿Verdad que escogí un buen testigo? ¿estáis satisfechos de Hans?

PUEBLO (*con alegría*).—Si has acertado, qué noble acción!

VARIOS MAESTROS.—¡Adelante, maestro Pogner! ¡Proclamad maestro al hidalgo, para nuestra gloria!

POGNER (*con una cadena de oro al cuello y tres medallas*).—Adornado con la efigie del rey David, queda proclamado miembro del gremio de Maestros cantores.

WALTER (*se conmueve, mal de su grado*).—¡Ah, no, maestros! no acepto el título!... Esta vanagloria no aumenta mi dicha.

*(Los maestros miran con sorpresa á Sachs).*

SACHS (*asiendo de la mano á Walther con fuerza*).—No desprecie á los maestros y el arte; esta distinción ha de parecerle á V. honrosa: Su mayor gloria no la debe ni al blasón de sus antepasados, ni á su lanza, sino á su calidad de poeta; y puesto que estima el arte que tales premios concede, debe estimar á los maestros que lo han cultivado y querido, y han conservado su tradición, que en los años de lucha y miseria, se refugiaba en ellos, y se conservaba castiza y genuina cuando se perdía en las cortes y castillos y palacios. Los maestros la han conservado siempre á su mayor altura. ¿Qué puede V. desear más de ellos? Ante el peligro que nos amenaza, é introduce las costumbres y el lenguaje de cortes extranjeras en el pueblo é imperio de Alemania, á tal punto que en breve ningún príncipe entenderá á su pueblo; cuando haya desaparecido nuestro carácter, todavía se guardará incólum-

me entre los Maestros cantores. Por esto, os conjuro á que les estiméis y honréis sus obras. Puede desaparecer el Imperio, pero será inmortal el arte sagrado alemán.

*(Todos con entusiasmo acompañan el final. Eva toma la guirnalda de Walther y corona á Sachs. Éste coge la cadena de manos de Pogner y la cuelga al cuello de Walther. Walther y Eva reclinan la cabeza sobre los hombros de Sachs y Pogner hinca la rodilla delante de él. Los maestros le proclaman su jefe alzando las manos. Los aprendices aplauden y el pueblo agita entusiasmado pañuelos y sombreros).*

PUEBLO.—¡Viva Sachs! viva Hans Sachs! viva el hijo querido de Nuremberg!